

chirimoya que en cuanto a lo de las exposiciones, anduvo corto de lengua el órgano de la sacristía. No sólo el lujo y la embriaguez mostraron en el carnaval recién pasado sus tristes evidencias; también la carne supo enseñar con raro hechizo ante los ojos de la clientela resaquera, los tesoros que ofrece como trofeo a los falderos atrevidos. No hablemos ya de las faldas constreñidas y chingoretas que dibujan sin lápiz en la página manchada de nuestro deseo todo el formulario femenino de cintura para abajo, y parecen decir a los curiosos con su lenguaje estimulante: ¡ánimo, trapalones! Deténgamonos a mirar por entre los mouinos bostezos del escote, la gentileza virginal de cuadril arriba con todos sus pelos y señales. ¡No, si como anuncio de lo que se tiene en venta o se desea dar en arriendo, ni el periódico gratuito de Ortiz!

Razón que le sobraba a mi excelente y resignado amigo don Cornelio cuando al llamar a sus hijas por las tardes para recordarles que ya era tiempo de acicalarse para marcharse al Morazán, con sus enormes bolsas de confetti, les decía entre jovial y adolorido: NIÑAS, Á DESVESTIRSE, QUE VA ES HORA!

En cuanto a mí—pobre mortal rezagado en los recuerdos de otra edad en que el recato de damas y doncellas pasaba intacto el Rubicón de los años hasta caer desvanecido muchas veces en el discreto regazo de la gente de tonsura—declaro que me divertí no poco trecho con los caballitos, el Don Zenón de los disfraces, y el negro de los baños.

Esta mi incurable manía de sacar filo a las cosas, me hacía pasar las horas perdidas en la contemplación del gesto almibarado del patriarca del gallo, nuevo San Pedro perdido en estas épocas de incredulidad; del movimiento del carrusel, y de la tenacidad tiritante del hombre de ébano a quien no arredraban chapuzones con tal de ganar la peseta que otros tiraban por sólo el gusto de verlo sumergirse.

Frente al incesante rodar de los ca-

ballitos, mi malicia fingía ver la representación del eterno destino de los pueblos. Una vuelta, dos vueltas, tres vueltas, diez mil vueltas, para que monten unos, bajen otros, y vuelvan a subir y bajar los mismos en inacabable turno sin que a los silenciosos brutos de madera se les vea cambiar jamás el modo habitual de sus fisonomías imbéciles y estacionarias.

El negro de los baños, a otro berenjenal de conjeturas me aventó. Mi profesor de Derecho Romano me increpaba con el énfasis persuasivo de su oratoria: ¿pero no se indigna Ud. de ver que así se pierda la vergüenza por unos cuantos cincos arrancados a la estulticia que de tal modo se divierte?

No voy con Ud., querido maestro, musité al fin después de medir toda la extensión de mis palabras: ¿qué más da? El se zambulle, y su cuerpo es el único que lo padece; otros, en cambio, hacen peores cosas con idéntico objetivo y nadie los maldice. Y quizás no se mojan solos sino que pringan en su juego venal a muchos que aspiraron a andar secos.

En fin de fines, declaro que a pesar de la chamarra de la aviación, me divertí en las fiestas como nunca. ¿Qué se me da a mí que Boland no volara si mi fantasía tendió el vuelo por sitios hasta entonces para ella insospechados?

Es como dirá la Comisión de Fiestas: lo principal era que el comercio tan reacio al principio a entrar por el portillo de la contribución, volara a dar su aquél para el jolgorio. Después... que vuele quien quiera, así reviente de su improvisada voladura. Que no es pequeño el vuelo que toman aquí las empresas chamarreras, en vista del buen éxito que ha coronado los grandes *bluffs* de ciertos bolsistas de aire caliente.

En cambio, el baile oficial del 31 no dejó qué desear; como que superó a todos los habidos hasta entonces por la asistencia de los señores Jueces de Primera Instancia—llevados al rango de personajes desde la protesta de marras—algunos de los cuales ya pudie-